



Funeral de Juan Antonio Ramos

Queridos hermanos: José Manuel y sacerdotes; familia, amigos y antiguos feligreses de D. Juan Antonio; fieles de esta parroquia de Villamayor.

Estamos celebrando la participación de nuestro hermano Juan Antonio, sacerdote, en el misterio pascual de Jesucristo. Y lo hacemos con serena paz, con gozosa esperanza, como sacrificio de acción de gracias al Padre, por la vida divina que nos ha dado en su Hijo y por el amor que el Espíritu ha derramado en nuestros corazones.

Según el libro de la Sabiduría, los justos afrontan la muerte en paz porque saben que su vida está en manos de Dios; han comprendido la verdad y han permanecido fieles al amor de Dios en las pruebas de la vida; han ofrecido toda su existencia como un sacrificio espiritual, aceptado por Dios como un culto agradable. El Señor reina sobre estos elegidos eternamente, es decir, los justos heredan el Reino de Dios y la vida eterna.

En la carta a Timoteo, Pablo ha presentado algunos rasgos del estilo de vida del servidor del evangelio y nos dado su testimonio de la esperanza gozosa con la que se acerca al final de su vida. Todo ello encuentra su peculiar aplicación a los llamados por Señor al ministerio sacerdotal. El presbítero de ayer y de hoy mantiene el oído atento a la escucha de la verdad, es sobrio en todas los aspectos de su vida, soporta con alegría los padecimientos y cumple su ministerio de evangelizador. Cuando ha entregado así su vida al Señor y a los hermanos en la Iglesia, puede contemplar el final de su vida como la consumación de un sacrificio de libación, en comunión con el sacrificio de Cristo. Y así puede hacer suya la resumida valoración que Pablo hace de su vida: “He luchado el noble combate, he acabado la carrera, he conservado la fe”. En consecuencia, puede también manifestar la confiada esperanza de Pablo: “Me está reservada la corona de la justicia, que el Señor, juez justo, me dará en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que hayan aguardado con amor su manifestación.”

El Evangelio de Juan nos ha recordado que Jesús ha dado su vida por nosotros como Buen Pastor, porque nos ha amado hasta el extremo; por este camino del amor nos ha hecho posible conocerle, como él es conocido y conoce al Padre. El amor que Dios nos tiene se ha manifestado en que envió al mundo a su Hijo “para que vivamos por medio de él” (1 Jn 4, 9). “Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él” (1 Jn 4,16). Por ello, confesamos que “Dios es amor” (1 Jn 4, 16) y tenemos “confianza en el día del juicio” (1 Jn 4, 17). “No hay temor en el amor,... quien no teme ha llegado a la plenitud en el amor” (1 Jn 4, 18).

Entre las ovejas de su rebaño, Jesús ha hecho a los sacerdotes objeto de su elección a una especial intimidad y conocimiento de los secretos del Padre. Por los sacerdotes



Carlos López Hernández

elevó al Padre una oración de intercesión que es motivo permanente de confianza, también en el momento de la muerte, que estamos llamados a vivir, en comunión con Cristo, como la ofrenda definitiva de nuestra vida en sacrificio de alabanza al Padre.

La llamada oración sacerdotal de Jesús, que refiere el Evangelio de Juan, es hoy también un motivo de esperanza en la glorificación de nuestro hermano difunto. Así oró Jesús: “Padre... Yo te he dado a conocer a aquellos que tú me diste de entre el mundo. Eran tuyos y tú me los diste, y ellos han aceptado tu palabra... Yo les he enseñado lo que aprendí de ti, y ellos han aceptado mi enseñanza... Yo te ruego por ellos... por los que tú me has dado, porque te pertenecen... Haz que sean completamente tuyos. Por ellos yo me ofrezco enteramente a ti, para que también ellos se ofrezcan enteramente a ti... Lo mismo que tú estás en mí y yo en ti, que también ellos estén unidos a nosotros... yo les he dado a ellos la gloria que tu me diste a mí, de tal manera que puedan ser uno, como lo somos nosotros. Yo en ellos y tu en mí, para que lleguen a la unión perfecta... Padre, yo deseo que todos estos que tú me has dado puedan estar conmigo donde esté yo, para que contemplen la gloria que me has dado, porque tú me amaste antes de la creación del mundo. Padre justo,... todos estos ha llegado a reconocer que tú me has enviado. Les ha dado a conocer quién eres... para que el amor con que me amaste pueda estar también con ellos, y yo mismo esté en ellos” (Jn 17, 1-26).

La oración de Jesús fundamenta nuestra esperanza de que nuestro hermano Juan Antonio, sacerdote, va a ser admitido a la fiesta del banquete eterno, del pan de la vida eterna, que él sirvió sacramentalmente a los fieles en su nombre. Por ello, hoy, en su tránsito a la morada del Padre, en la que el Hijo nos ha preparado un lugar, celebramos y gozamos con su salvación prometida y ardientemente esperada.

Nuestra esperanza es cierta y firme, porque se basa en el amor que Dios ha derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado. Si Cristo ha muerto por nosotros cuando éramos pecadores, con cuánta más razón, una vez justificados y reconciliados por su sangre, seremos libres del castigo y salvos para siempre por su vida. Tanto amó Dios al mundo, que entregó a Hijo único. Todo el que cree en él tiene vida eterna.

Salamacna, 24 de enero de 2011